



ORTEGA & FRIAS
**HONOR DE ESPOSA
CORAZÓN DE MADRE**

LECTURA

AÑO I SEMANAL PRE-
NÚM. 21 CIO:

23 MARZO 1926 POPULAR 10
1926 CTS.

Periódico semanal que publica los martes la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. Administración, cierre y talleres: San Sebastián. Administración, correspondencia y suscripciones: Madrid, Calle de Valencia, 28 - Apartado 447.

SUSCRICIÓN: Año: 5 Ptas., seis meses: 2,50 Ptas.

EN PUBLICACIÓN

HONOR DE ESPOSA Y CORAZÓN DE MADRE

por Ramón Ortega y Frías

Personajes y resumen de lo publicado anteriormente:

Margarita de Solís se enamora de don Juan de Monzón, que por motivo de un duelo marcha a París. En ese tiempo la obligan a casar con el conde de Rocanegra, que tiene que ir a Méjico dejando un hijo: Leandro Sandoval. Llegan noticias falsas de su muerte. Regresa Rocanegra cuando Margarita y don Juan tienen un hijo que es entregado a una humilde mujer, y del que, ni Mon-

(Continúa en la penúltima página).

— ¡No; no me moveré de aquí, porque no quiero perder de vista esa puerta!

— ¡Estáis incomprendible, buen Andrés!

— El asunto es demasiado grave, y vuestra señoría me escuchará en este mismo sitio.

— ¿De qué se trata?

— ¡La hija de mi señor ha desaparecido del convento!

Tal efecto produjo en el conde esta noticia, que ni siquiera a pronunciar una palabra acertó, y quedó inmóvil mientras fijaba en Andrés una mirada de asombro y de profunda sorpresa.

El criado prosiguió diciendo con creciente exaltación:

— Tres o cuatro hombres lograron introducirse en el convento, sin que se sepa cómo, y se llevaron a mi señora.

— ¡Me dejáis aturdido!

— ¿Y no adivina vuestra señoría quién es el autor de tan criminal abuso?

El conde, que había empezado a reponerse, contestó:

— Me parece que para adivinarlo no es menester cavilar mucho. Si la hija de vuestro señor tenía un amante, claro está que con él se ha ido ella; y lo que menos importa es cómo ha podido hacerse, pues el resultado será siempre el mismo.

— Además del amante, hay otras personas interesadas en la intriga; y eso es lo que vuestra señoría ha debido pensar.

— No comprendo bien.

— El señor don Leandro ha pedido un plazo para decidir sobre su casamiento con mi señora, y el plazo expiraba hoy.

— ¡Ah!

— ¡Vive Dios! ¡Ahora entiendo!

— Y además...

— ¡Ah!

—Si mi señora ha desaparecido, don Leandro se considerará libre; de manera que indirectamente...

—¡Vive Dios! ¡Ahora entiendo!

—Y además...

—¡Oh! ¡Hay que reconocer que para salir del compromiso ha buscado un medio ingenioso.

—Puesto que vuestra señoría le encuentra gracia...

—La tiene y, como soy justo, lo reconozco así.

—Vov a concluir, señor conde.

—Sigo escuchando, aunque aquí se siente bastante frío y no me encuentro bien.

—Dicho sea sin intención de ofender en lo más leve a la señora condesa...

—Suponéis que protege a mi hijo; ¿no es verdad?

—Lo creo firmemente.

—Debilidades son éstas propias de las madres.

—¿Y adónde le parece a vuestra señoría que han llevado a mi noble señora?

—¿Cómo queréis que yo lo adivine? Lo único que sé positivamente es que me encuentro mal en este sitio: si hemos de prolongar la conversación, entraremos en mi cámara.

—Señor conde, desde el convento de Santa Teresa a esta casa hay poco que andar.

—Ciertamente.

—Y como la señora condesa debe desear que la fugitiva esté en lugar donde su honor quede puro...

—¡Vive el cielo! ¿Acaso habéis sospechado?...

—Sí—dijo Andrés con firmeza.

—¡Ahora comprendo por qué no queréis moveros de aquí!

—No olvide vuestra señoría que mientras don Leandro esté soltero, puede amar y casarse con cualquiera mujer.

La frente del conde se contrajo.

Andrés añadió:

—Si para cometer ciertas locuras era el casamiento un estorbo, ahora...

—¡Basta, que no necesito más explicaciones!

El sirviente desplegó una maliciosa sonrisa y repuso:

—Ahora deseo saber si vuestra señoría le encuentra gracia al ingenioso medio de que don Leandro se ha valido para continuar siendo libre.

Rugió sordamente el conde.

—Y tenga en cuenta vuestra señoría que don Leandro ha pasado la noche fuera de casa.

—¿Eso más?

—Y dicen los criados que la señora condesa...

—¿También salió anoche?

—Cuando he venido, decían los unos que no estaba; los otros que no se había levantado.

—¡Pronto conoceré la verdad!

—No he recibido más que contestaciones vagas.

—Esperad aquí, y os autorizo para detener a cuantos intenten salir; ¡aunque sea mi hijo, aunque sea mi esposa!

Esto diciendo, el conde apretó los puños y con la mirada sombría se dirigió a las habitaciones de su esposa.

Sabemos ya que ésta había salido antes del amanecer para llevar a María a la casa de campo.

¿Había vuelto en el coche y al mismo tiempo que su hijo?

Debemos suponer que sí; pero es lo más probable que al saber por el portero que allí se encontraba Andrés la dama hubiese retrocedido, explicándose así que Leandro subiera solo.

El conde no encontraría en su casa a la hija del comendador; pero tampoco a su esposa, y ya no quedaría duda de que ésta tenía una gran parte en los sucesos de la noche anterior.

El conde de Rocanegra, dejándose en este caso arrebatar, amenazaría a todos sus criados, y fácilmente averiguaría adónde había ido la condesa, resultando que en pocas horas la enamorada joven volvería a encontrarse bajo la tiránica autoridad de su severo padre.

En pocos minutos se anularía el plan tan admirablemente combinado por Querubín y Perico y realizado a tanta costa.

¿No habían previsto nada de esto las víctimas del comendador ?

¿No habían comprendido que era imposible que la condesa hiciera ciertas cosas sin que fácilmente se averiguasen ?

A la casa de campo debieron llevar desde luego a María.

No lo hicieron así por respeto al pudor de la joven; y este miramiento, aunque muy digno de alabanza, debía costarles muy caro.

Del carácter violento del conde de Rocanegra hemos dado ya noticias, y se comprende lo que debía suceder.

Preparábanse borrascosas escenas.

El pobre Querubín, creyendo haber triunfado, dormía descuidadamente en aquellos momentos.

Cuando despertara, su situación habría cambiado completamente, y todo lo que había sucedido la noche anterior debía parecerle un sueño.

Sentóse Andrés, esperando con ansiedad.

Seguiremos al conde hasta la habitación de su desdichada esposa.

CAPÍTULO LXIII

Lo que consiguió el conde

El conde de Rocanegra había dicho bien, pues no necesitaba más explicaciones para comprender toda la gravedad de la situación y todas las consecuencias que debía producir.

Tampoco tenía necesidad de pruebas para convencerse de que su hijo había tomado parte muy activa en los sucesos de la noche anterior, siendo tal vez el que había ideado sacar a María del convento.

En cuanto a la condesa, no le parecían al conde des acertadas las sospechas de Andrés, pues la desgraciada madre, sobre inclinarse siempre a favorecer en todo a su hijo, había mostrado su opinión, contraria al casamiento que proponía el comendador.

A ninguna parte podían haber llevado a María mejor que a la morada de la condesa, pues allí podía estar a salvo de todo peligro contra su pudor.

En todo ello no veía el conde más que el empeño de Leandro en conservar su libertad para ser algún día esposo de Consuelo, y este mismo empeño era una contrariedad que producía en él el efecto del combustible añadido al fuego; de manera que en pocos instantes acrecentó la pasión violentísima que trastornaba al conde.

Rojo el semblante y encendidos los ojos por el fuego de la ira atravesó el conde algunos aposentos, abriendo violentamente las puertas.

A él no podían engañarle diciéndole que su esposa dormía, ni mucho menos que no quería ver a nadie.

¿Qué sucedería cuando viera que la condesa había salido?

Lo repetimos: se produciría un escándalo espantoso,

y en breve la desgraciada joven volvería al lado de su padre.

Levantó por fin una cortina, dio un paso, y entró en el gabinete donde la condesa tenía costumbre de estar; pero quedó inmóvil y con la mirada fija, sin acertar siquiera a pronunciar una palabra.

¿Qué había visto?

La madre de Leandro, envuelta en una bata de color oscuro, y medio despeinada, estaba allí, ocupando un sillón, con la cabeza inclinada y como absorta en la lectura de un libro que tenía en las manos.

Y absorta completamente debía de estar, puesto que no advirtió la llegada de su esposo, y continuó leyendo.

Dominóse el conde de Rocanegra en cuanto le fue posible, y por espacio de algunos minutos siguió mirando a la pobre madre, mientras decía para sí:

— ¡Ese bribón se equivoca! Podrá ser que mi hijo tenga parte en la intriga; pero en cuanto a ella, no lo creo. ¡No hay más que mirarla para convencerse de que no la preocupan otros pensamientos que los producidos por la lectura de ese libro, que, mucho me equivoco, o es un devocionario. Está completamente tranquila. Su principio por acusar me colocará en una posición muy falsa, y me verá obligado a pedir perdón. Sin embargo, no retrocederé ni saldré de aquí hasta poner en claro la verdad.

La condesa llevó a los labios el dedo pulgar de su mano derecha: luego volvió la hoja, continuando la lectura, y diciendo en voz alta después de algunos momentos:

— *Gloria Patri, et Filio et Espiritu Sancto, Ave María Gratia plena.*

Cerró el libro, se santiguó muy devotamente, y volvió la cabeza como para mirar al reloj. Entonces vio a su

esposo y, como muy sorprendida, dejó escapar una exclamación.

— ¡Buenos días, señora! — dijo el conde con cuanta dulzura le fue posible.

La condesa desplegó una leve sonrisa y respondió:

— ¿Tan de mañana por aquí? Me alegro, porque así tendré hoy la satisfacción de almorzar en vuestra compañía, lo cual, por mi desgracia, no sucede con frecuencia.

— Ya sabéis, mi querida condesa, que no soy madrugador.

— Y la costumbre es antigua. Pero ¿no os sentáis?

— A estas horas mi visita debe de sorprenderos.

— Sí.

— He interrumpido vuestras oraciones...

— No, porque ya he concluido.

— Aunque vos os levantéis mucho antes que yo...

— Otros días.

— ¿Hoy no habéis madrugado?

— Aun no hace media hora que me vestí.

El conde tomó una de las manos de su esposa, la besó ceremoniosamente y se sentó, preguntando:

— ¿Os sentís indispuesta?

— Ahora estoy bien.

— Eso quiere decir que la pasada noche...

— Ha sido mala para mí.

— ¿Qué habéis tenido?

— Me acosté con inquietud, y no he podido dormir hasta la madrugada.

— ¡Con inquietud! ¿Pues qué temáis?

— Ya sabéis que nuestro hijo no acostumbra recogerse tarde, y como a las doce no había venido...

— Condesa, siento deciros que vuestros presentimientos no os engañaban.

—¿Qué estáis diciendo?—preguntó la dama fijando en su esposo una mirada angustiada.

—Lo que, por desgracia, es verdad.

—Pero si me han asegurado que Leandro...

—Está ya en su aposento.

—Y según parece...

—Goza de la más completa salud.

—Entonces...

—He calificado de desgracia su ocupación de anoche.

—¡En gran cuidado me ponéis!

—Cuando conozcáis por completo la verdad...

—¡Explicaos; os lo suplico!

—A la juventud se le pueden perdonar ciertas locuras que no son transcendentales; pero cuando se comete un abuso, cuando se echa una mancha sobre el honor de una familia ilustre...

—¡Dios mío!

—Y cuando eso se hace a impulsos de una pasión que también constituye una gravísima falta...

—¡Quiero creer que exageráis!—interrumpió vivamente la condesa.

—Pronto os convenceréis de que no exagero.

—Tal vez algún error...

—No le hay.

—Los nobles sentimientos de nuestro hijo...

—Las pasiones ciegan, extravían.

—Leandro no olvida sus deberes de hombre de honor.

—Si tan convencida estáis...

—Decid lo que ha sucedido, porque es tanta mi impaciencia como mi temor.

—Supongo que no habréis olvidado que nuestro hijo está enamorado de esa infeliz que vive en la costanilla de Santiago.

—No lo olvido

—Más de una vez se ha tratado del casamiento de la hija del comendador Saavedra.

—Leandro no la ama.

—Pero, a lo que he podido entender...

—Ya estaba dispuesto a casarse.

—Y, casándose, hubiera tenido que renunciar al amor de la pobre Consuelo.

—Claro es que sí.

—Pues bien; ha buscado un medio ingeniosísimo para salir del apuro, quedando otra vez en completa libertad.

—Leandro había dado su palabra.

—Pero nadie puede obligarle a que la cumpla si se presenta un imposible para que se case con la hija del comendador.

—¿Y ese imposible ?...

—Ya le tenéis.

—¿En qué consiste ?

—En el convento de Santa Teresa estaba la hija de don Pedro.

—Hoy debe volver a su casa.

—No volverá.

—¿Quién lo impide ?

—La cándida joven ha sido engañada y anoche desapareció del convento.

—¡ Conde !

—¿Qué opináis ahora ?

—¡ Un rapto !

—Más bien una fuga, que para el caso es igual.

—¡ Imposible, imposible ! —dijo la condesa, que parecía estar completamente aturdida.

—Dos o tres hombres han entrado en el convento.

—¡ Dios mío !

—No conozco todos los detalles; pero ello es que la hija del comendador ha desaparecido y que Leandro ha pasado la noche fuera de casa; y verdad es también...

— ¡No puedo creerlo!

— **Ahora** discurrid, haced deducciones, y si vuestra opinión es distinta de la mía...

— Distinta es—dijo sin vacilar la condesa.

— La hija de don Pedro...

— Tiene un amante que ha dado pruebas de ser demasiado audaz.

— Todo eso está bien; pero ¿cómo explicaréis que Teodoro haya permanecido fuera de casa toda la noche?

— Si eso fuese una prueba, también debería creerse que vos habéis tenido parte en el abuso, puesto que no os habéis recogido hasta muy cerca del amanecer.

— ¡Señora!...

— Eso es una coincidencia, y nada más.

— Pero una coincidencia...

— Sospechosa, según vuestra opinión.

— No; no es para mí una sospecha, sino una prueba.

— Si otras no tenéis, jamás estaremos de acuerdo—replicó enérgicamente la dama.

— Aun hay más, señora—repuso el conde, que empezaba otra vez a dejarse arrebatar por la cólera.

— ¿Más todavía?

— Sí.

— Sepamos, porque no parece sino que os habéis propuesto llevarme de sorpresa en sorpresa.

— Y todas desagradables.

— ¡Mal empieza el día!

— Y bien venga un mal, si viene solo.

— ¡Acabad; os lo ruego!

— De lo indudable voy a pasar a lo probable.

— Escucho.

— Hay quien cree que al sacar del convento a la hija del comendador, la han llevado... ¡Oh!... No la han llevado, sino que...

— ¡Os complacéis en mortificarme!

—La han traído a esta casa.

—¡Caballero!—exclamó la condesa poniéndose en pie y fijando en su esposo una mirada penetrante y dominadora.

—Eso no lo digo yo.

—¿Quién es el miserable que se atreve a lanzar semejante calumnia?

—Sosegaos, y...

—¿Quién es, quién es?

—Debéis culpar a las circunstancias, a las casualidades, a las coincidencias..

—¡Oh!

—He rechazado esa sospecha; pero comprended que estoy obligado a desvanecerla de tal modo, que ni sombra de duda quede.

—¡No os comprendo!

—Porque nada puede negarse a un padre infeliz que se encuentra en situación tan horrible como nuestro amigo el comendador, y aunque exija lo que parece una ofensa, teniendo en cuenta el trastorno de su dolor...

—¡Ahora entiendo: don Pedro de Saavedra quiere registrar nuestra casa!

—¡Lo haré yo, y es bastante para que quede tranquilo!

—Tranquila estoy yo también, porque supongo que, sin tomaros la molestia de registrar...

—Señora, yo no puedo afirmar lo que no he visto; y como he de dar mi palabra de honor...

—Podéis darla bajo la fe de la mfa.

—¿Os atrevéis a responder de que vuestros criados no hayan cometido algún abuso?

—De mis criados no respondo; pero, suponiendo que os habéis apresurado a complacer al comendador y no os falta que registrar más que las habitaciones que yo ocupo...

—Eso es, las vuestras.

—Pues bien; yo las he registrado ya.

—Perdonad, condesa.

—En mis habitaciones no está la hija del comendador.

—Pero...

—¡Señor conde, me ofendéis!—replicó severamente la dama.

—Pensad...

—¡Basta!

—Soy vuestro esposo.

—¡Pero olvidáis quién soy!

El rostro del conde de Rocanegra enrojeció como si fuera a brotar la sangre.

Otra vez encendióse su cólera, y para contenerse tenía que hacer grandes esfuerzos.

La resistencia que oponía su esposa a que registraran aquellas habitaciones era para él una prueba más de que allí se ocultaba María.

Ya no temía el conde dar un golpe en falso que le colocara en desventajosa posición, y levantándose también, dijo enérgicamente:

—Señora, lo que yo prometo lo cumplo; y como he prometido registrar hasta el último rincón de esta casa, lo haré.

—¡Señor conde!...

—¡Mi autoridad es aquí absoluta!

—Esta bien, caballero—repuso la condesa con grave tono—: después hablaremos, y os haré comprender que mi dignidad vale, por lo menos, tanto como la autoridad de que abusáis.

No era posible que ya se detuviera el conde, y en tanto que murmuraba algunas frases que no podían entenderse, recorrió todos aquellos aposentos, mirando hasta en el interior de los armarios y debajo de la cama de su esposa.

Mal que le pesara, tuvo que convencerse.

María no estaba allí.

Era inútil registrar las demás habitaciones de la casa. Sintióse el conde turbado, y no sabía cómo justificar su conducta.

De un extremo pasó al otro, y empezó a creer que su esposa era completamente extraña a los sucesos de la noche anterior.

Empero siempre había motivos para creer que Leandro había tomado parte en la intriga.

Turbado y confuso volvió el conde al lado de su esposa, diciéndole:

—Habéis dado importancia a lo que no tiene ninguna. Poneos en mi lugar, y comprenderéis...

—Sí, todo lo comprendo—interrumpió la pobre madre con acento irónico y con una intención que no podía pasar inadvertida para el conde.

—Debéis tener en cuenta...

—Os agradecería mucho que dieseis por terminada esta conversación.

—Aun tenemos que hablar de nuestro hijo.

—¡Le han calumniado!

—Podrá ser; pero tengo que cumplir mis deberes de padre.

—¿Qué haréis?

—Le exigiré explicaciones y pruebas para saber lo que ha hecho la pasada noche.

La condesa se encogió de hombros.

—¿No os parece bien, señora?

—Ni bien ni mal.

—Si no encontráis ningún inconveniente haré venir a nuestro hijo.

—Disponed, puesto que sois la autoridad suprema.

—¡Oh! ¡Sois rencorosa, condesa!

— ¡Concluycamos, porque todo esto me desagrada mucho!

Llamó el conde y mandó que fuesen a buscar a su hijo, diciendo que le despertaran si se había acostado para descansar por no haber dormido la noche anterior.

Mientras esta orden se cumplía guardaron silencio los dos esposos.

La condesa parecía completamente tranquila.

El conde no podía ocultar su inquietud.

El lector se habrá preguntado más de una vez cómo era que la madre de Leandro se encontraba en su habitación; pero sobre este punto daremos claras explicaciones después que conozcamos las del amante de Consuelo, pues ahora no debemos interrumpir las escenas en extremo interesantes que nos ocupan.

No se había acostado el hijo de la condesa. Pocos minutos después se presentó, saludó respetuosamente a su padre y besó con ternura la pálida frente de su desgraciada madre.

¿Conseguiría justificar su conducta?

Vamos a saberlo.

CAPÍTULO LXIV

El interrogatorio

La condesa volvió a tomar su libro de devociones, y lo abrió como si se dispusiera a leer.

—¿Qué hacéis?—le preguntó sorprendido su esposo.

—No quiero tomar parte en la conversación, porque así no podrá decirse que influyo en el resultado. Escucharé, y eso me basta.

—Como mejor os parezca.

Leandro esperaba con la misma calma que había mostrado al entrar.

—Caballero—le dijo el conde con severo tono—, es preciso que contestéis clara y terminantemente a las preguntas que voy a dirigiros.

—Así lo haré—dijo Leandro—, y siento con toda mi alma que hayáis puesto en duda mi sinceridad.

—Pronto me daréis una prueba de ella.

—Espero vuestras órdenes, padre y señor.

—Anoche no os habéis recogido a la hora de costumbre.

—No, porque sobre ese punto habéis sido muy benévolo y me habéis dejado siempre en completa libertad.

—Y os dejo todavía.

—¡Gracias, padre mío!

—Pero de esa libertad quiero que hagáis buen uso.

—Os juró que ni por un solo momento en mi vida he olvidado los deberes que me imponen mi nombre y mi clase.

—Os felicito, caballero.

—Muy pocas veces ha sucedido lo que anoche, y ninguna he empleado el tiempo en extravíos que constituyan una verdadera falta.

—Vamos colocándonos poco a poco y perfectamente dentro de la cuestión que nos interesa tratar.

—Escucháis con agrado mis palabras, y eso es un buen principio que augura muy agradable fin.

—¿En qué os habéis ocupado la noche pasada?

Al preguntar esto fijó el conde una mirada escudriñadora en su hijo.

—He pasado la noche con dos de mis amigos.

—¿Quiénes son?

—Don Godofredo de Guevara, a quien conocéis.

—Es un cumplido caballero, algo extravagante, pero muy honrado.

—Aunque pobre, me parece digno de alternar con las personas de mi clase.

—¿Y el otro?

—Su hijo.

—¿Su hijo?... No tiene ninguno el señor de Guevara.

—Perdonad...

—Ni siquiera se ha casado.

—A pesar de eso...

—Amparó a una criatura, y a eso os referiréis. Algo sé de esa historia, porque en otro tiempo me la refirió el señor de Guevara con todos sus detalles.

Al oír esto se estremeció violentamente la condesa y el libro se escapó de sus manos, en tanto que se hacía más densa la palidez de su rostro, y fijaba una mirada afanosa en el conde. Este incidente interrumpió la conversación.

Presuróse Leandro a recoger el libro, y se lo entregó a su madre, que lo tomó mientras se esforzaba para disimular su trastorno.

No tenía el conde motivo para dar importancia a la alteración de su esposa; pero el joven, que era más observador, dijo para sí:

—¿Qué le ha sucedido a mi madre al oír hablar de esa historia que nada interesa?

Luego añadió en voz alta y dirigiéndose a su padre:

—Lo mismo que vos ha creído todo el mundo; pero hace poco tiempo ha declarado el señor de Guevara que es su hijo el que aparecía como protegido, y que piensa reconocerle legalmente.

—Dios sabe lo que todo eso significa; pero a nosotros no nos importa.

—El hijo o protegido de don Godofredo es un joven muy apreciable en todos sentidos.

—¿Y habéis pasado la noche en conversación?

—Los convidé a cenar y aceptaron. El señor de Gue-

vara es un buen bebedor y habla mucho, y su hijo es tan ingenioso y alegre, que hace pasar las horas sin sentir.

—¿Qué más ?

—Poco antes de amanecer recorrimos algunas calles, y don Godofredo, que estaba de muy buen humor, se empeñó en que habíamos de saludar el nuevo día comiendo buñuelos.

—La diversión no podía ser más inocente.

—Después nos separamos; se fueron a descansar, y yo he venido con más deseos de dormir que de ninguna otra cosa.

—Estáis ojeroso y pálido.

—¡Efectos naturales del insomnio!

—Si todo eso fuese verdad...

—¡Padre mío!...

—Seguid escuchando.

—Ya escucho.

—Voy a daros la noticia de un suceso muy grave, de una gran desgracia que debe afligiros, porque se trata de uno de nuestros mejores amigos.

—¡Creo adivinar!

—¿Habréis visto a un criado del comendador Saavedra ?

—Y me ha dicho que la pasada noche ha desaparecido María del convento de Santa Teresa.

—¿Qué efecto os ha producido la noticia ?

—Me ha desagradado.

—¡Lo decís con mucha calma!—repuso el conde.

—Lo que más altera es lo que sorprende, y la noticia no me ha sorprendido.

—¿Acaso teníais algún antecedente para esperar que sucediera esa desgracia ?

—Sí, señor.

—Entonces habéis debido prevenir al comendador.

—¿Qué podía yo decirle que él no supiese ? Su hija

tiene un amante más audaz que la misma audacia, travieso e ingenioso hasta lo inconcebible.

—No lo ignoro.

—Pocas noches hace, ese amante misterioso se introdujo descaradamente en el convento, y tan hábilmente se arregló, que la misma superiora le suplicó que entrase en la celda de María.

—¡Eso es imposible!

—Preguntádselo al comendador.

—¿Y no ha podido averiguarse quién es ese hombre ?

—Le conoce el hijo del señor Guevara.

—Entonces...

—Yo también le conozco.

—Pues, siendo así...

—Otra vez os pido perdón.

—¿No pensabais casaros con la hija de don Pedro ?

—Sí; para obedeceros a vos y a mi madre.

—Ese hombre era, pues, vuestro rival.

—Y yo su rival también.

—Y siendo así...

—Cuando se me confía un secreto, sé guardarlo, y creo que vos hubierais hecho lo mismo en mi lugar.

—Ciertamente; pero si sabíais que los abusos habían de llegar hasta el punto que anoche llegaron...

—Ya suponía que más o menos tarde había de suceder lo que ha sucedido, porque, tratándose de un hombre como el amante de María, no debía creerse otra cosa; pero yo no estaba obligado a ser espía, ni mucho menos a convertirme en guardián de la joven, porque ese deber es hoy de su padre, así como será del esposo el día que María se case.

—Pues muy fácil os será averiguar adónde han llevado a la hija del comendador.

—Dudo que me confíen ese secreto con tanta facilidad como el otro. Además, al salir María del convento con

su amante, se ha inutilizado completamente para ser mi esposa: supongo que sobre este punto estaréis de acuerdo conmigo, pues no habéis de querer que vuestro heredero se case con una mujer que da ocasión a que se ponga en duda su pureza.

No había razones para replicar a este argumento, y el conde se concretó a decir:

—Según.

—¡Padre mío!...

—Voy a concluir.

—He dicho cuanto sé.

—Hay pruebas de que ese amante contaba con la ayuda de otras personas.

—No lo dudo, porque la empresa era demasiado difícil y peligrosa.

—Supongo que conoceréis también a sus auxiliares.

—No—dijo sencillamente Leandro.

—Pues hay quien sospecha que uno de esos auxiliares es...

Interrumpióse el conde.

Miró a su esposa, que ya había conseguido dominarse y hojeaba el libro.

Leandro esperó a que continuara su padre.

—Dicen que, para averiguar quién es el delincuente, no hay más que ver a quién aprovecha el delito.

—En el caso presente, a nadie aprovecha más que al desconocido amante.

—Y a otra persona también.

—Reconozco mi torpeza.

—Reflexionad.

—Ya he reflexionado.

—Contra vuestra voluntad ibais a casaros con la hija del comendador.

—Es cierto.

—Según parece, habéis fijado un plazo para pedir formalmente su mano.

—También es verdad.

—¿Y ese plazo ?...

—Terminaba hoy.

—Con la desaparición de María quedáis libre de todo compromiso.

—Lo cual quiere decir que el amante audaz cumplirá sus deseos. Me hace un gran beneficio; pero nada tengo que agradecerle, porque no ha sido ésa su intención.

—Pero ¿reconocéis que, el abuso es para vos también provechoso ?

—Indirectamente, y eso no debe olvidarse.

Habíase dominado el conde más tiempo del que su carácter permitía: estallando al fin en cólera, gritó:

—¡Basta de disimulo; basta de fingimiento!

—¿Quién finge ?—preguntó tranquilamente Leandro.

—¡Vos, caballero!

—¿Yo ?

—¡Sí; vos, que habéis ayudado al miserable raptor!

—¡Padre mío!...

—¡La verdad! ¡Quiero saber la verdad!

—Ya la he dicho.

—¡Oh!...

—Me ofendéis; pero lo sufro y me resigno, porque sois mi padre y mi señor.

—¡Por última vez!...

—He concluido.

Rugió sordamente el conde.

Era impotente para conseguir lo que deseaba, y no quiso prolongar la conversación, porque no había de conseguir más que mortificarse.

La condesa continuaba hojeando el libro y como si no se fijase en lo que a su alrededor sucedía. No había des-

aparecido del todo su palidez, y de vez en cuando se estremecía.

Si Andrés se hubiera encontrado allí, habría hecho muchas más observaciones; pero el conde de Rocanegra no podía entonces decir más de lo que había dicho.

Leandro había pronunciado la última palabra rechazando las ofensas que se le dirigían, y nada más tenía que hacer, puesto que más allá no podía ir, siendo la cuestión con su padre.

Transcurrieron algunos minutos de silencio.

Por fin el conde se dirigió a su esposa y le dijo:

—Luego me daréis a conocer vuestra opinión.

—Ahora mismo, si queréis—respondió la condesa.

—Me aguardan, y no puedo detenerme.

—¿Almorzaréis en nuestra compañía?

—¡No!

—Como os plazca.

—¡Dios os guarde, señora!

—Y a vos os proteja.

El conde salió del aposento sin mirar a su hijo. Éste y la condesa se contemplaron con expresión indefinible.

CAPITULO LXV

La condesa quiere y no se atreve

La desdichada madre arrojó el libro sobre la mesa, se levantó, corrió hasta la puerta, entreabrió la cortina, y miró al aposento inmediato.

Convencida de que nadie la escuchaba, retrocedió, acercándose a su hijo.

Algo de extravío había en la mirada de la infeliz.

Temblaban sus manos.

Levantábase su pecho a impulsos de una respiración muy violenta y desigual.

— ¡Madre mía! — exclamó Leandro con acento de terror.

La condesa tomó las manos del joven, las estrechó fuertemente entre las suyas, y dijo con tono de angustioso anhelo:

— ¡Quiero saber la verdad, y!...

Interrumpióse y miró profundamente a su hijo.

— Pero ¿qué os sucede?

— ¡Si pudieras comprender cuánto sufro!

— ¡Oh!

— ¡Si tu mirada — repuso la condesa con exaltación febril y colocando la diestra sobre su corazón —, si tu mirada pudiese penetrar aquí!...

— ¡Madre mía, en nombre del amor inmenso que me profesáis!...

— ¡Sí, te amo mucho!

— ¡Hablad, explicaos!

— ¡Es horrible el misterio de mi vida!

— ¿Acaso no os inspiro bastante confianza?

— ¡Sí!

— Entonces...

— ¡Me falta el valor!

— Nadie nos escucha...

— ¡No, hijo mío, no! — replicó la condesa cambiando de tono.

Y como si su energía desapareciera rápidamente, se dejó caer otra vez en el sillón, ocultando entre las manos el rostro.

— ¡Sufro mucho! — dijo Leandro.

— ¡Aun no sabes lo que es sufrir! ¡Destrozan mi corazón de madre, lo destrozan con una crueldad inconcebible!

— ¿Quién?

— ¡No puedo decirlo!

— Pero ese secreto...

- ¡Pídele a Dios que jamás se escape de mis labios!
¡Pídeselo como el mayor de los beneficios!
- ¡Os suplico que me escuchéis!
- ¡Di lo que quieras!
- Habéis manifestado deseos de conocer la verdad.
¿Sobre qué?
- ¡Olvida lo que he dicho!
- ¡No puedo olvidarlo!
- ¡Hay momentos en que mi razón se extravía; momentos verdaderamente fatales!
- Os encontré tranquila, en cuanto era posible que lo estuviéseis.
- Sí—respondió la condesa por decir algo.
- Con tranquilidad escuchasteis las primeras preguntas que mi padre me dirigió.
- No recuerdo bien.
- Y de repente, cuando...
- ¡Calla!—interrumpió vivamente la condesa.
- ¿Y por qué?
- ¡Compadéceme!
- Permitidme que concluya, porque es tan extraño lo que ha sucedido...
- ¡Tan terrible!
- Nos ocupábamos...
- ¡Basta, basta!
- Si callo, no me será posible daros a conocer la verdad, según deseáis.
- ¡La verdad me la ha dicho mi corazón hace algunos días!
- Los presentimientos engañan muchas veces.
- ¡Mi corazón no me engaña!
- Tal vez.
- ¡El tiempo me proporcionará la prueba que busco!
- No os comprendo.
- ¡Ni quiero que me comprendas!

—Pero...

— ¡Leandro, vete a descansar!

—El reposo es en estos momentos imposible para mí.

—Pues hablemos de otro asunto.

—Hay alguien que os hace sufrir.

—No te equivocas.

—No seré dichoso mientras no castigue al miserable que abusa...; no sé de qué, pero ello es que abusa.

—Su castigo me haría doblemente desgraciada.

— ¡Madre mía!

— ¡No puedo más!

Desesperado estaba el joven, porque se había convencido de que era imposible obligar a su madre a que revelara el terrible secreto.

Sin embargo, había creído que era un rayo de luz el trastorno de la condesa cuando se dijo que el señor de Guevara era o no padre de Querubín.

¿Qué tenía que ver la procedencia de éste con el secreto de la vida de la condesa?

Lo más oculto y mejor guardado se averigua cuando hay lo que pudiéramos llamar un punto de partida, y el punto de partida creyó el joven haberlo encontrado ya, si bien ni remotamente sospechó nada que a la verdad se aproximara.

Para no conseguir lo que deseaba, no debía Leandro seguir haciendo sufrir a su madre; por consiguiente, determinó complacerla y no tratar entonces de aquel asunto.

—Respeto vuestra resolución — dijo tristemente el joven.

—Y te lo agradezco mucho.

—Más tarde volveré y hablaremos de María.

—Preciso es tener mucho cuidado, porque ese hombre que sirve al comendador...

—Es muy temible; ya lo sé.

--Ahora te espían.

—Tengo la esperanza de que conseguiremos burlarnos de todos nuestros enemigos.

—A pesar de eso, la solución de este asunto presenta muchas dificultades.

—No se me ocultan.

—Hay otros peligros de que no puedo hablarte.

—¡Siempre el misterio!

—Resígnate como yo.

—No es tanta mi virtud como la vuestra.

—¡Cuánto te quiere tu pobre madre!—murmuró la condesa con voz ahogada.

Y estampó un beso de infinita ternura en la frente de su hijo, en tanto que dos lágrimas se escapaban de sus ojos.

Leandro, profundamente conmovido, no pudo articular una sílaba.

Besó las manos de su madre y salió del aposento.

La condesa elevó al cielo una mirada suplicante y exclamó:

—¡Dios misericordioso!

Luego se escapó de sus labios el nombre de Querubín. No es posible comprender su sufrimiento.

CAPÍTULO LXVI

Otro interrogatorio

Retrocedamos para seguir al conde, pues tiene interés su segunda conversación con el criado de don Pedro.

Volvió el padre de Leandro adonde se había quedado Andrés y le dijo:

—¡Venid!

—Señor, perdone vuestra señoría...

—Ya es inútil que estéis aquí.

Arrugó Andrés el entrecejo.

Siguió al conde hasta la habitación que ordinariamente ocupaba éste.

—Os habéis equivocado: la hija de don Pedro no está en mi casa.

—Bien puede ser.

—Así es, y basta que yo lo diga.

—No lo pongo en duda, señor conde.

—En cuanto a mi hijo...

—Supongo que habrá negado.

—Terminantemente.

—Así debía suceder.

—Me ha dicho dónde y con quién ha pasado la noche.

—Si lo justifica...

—Es fácil saber la verdad, y vos mismo podéis averiguarla.

—Lo haré, si vuestra señoría me da más explicaciones.

—Dice que ha cenado con el señor de Guevara y con el ahijado de éste.

—¡Bien combinado estaba el plan!

—Don Godofredo podrá decir...

—Dirá lo mismo que don Leandro.

—¿Creéis que se hayan puesto de acuerdo?

—Creo más, señor conde.

—¡Sepamos!

—El señor de Guevara y su hijo Querubín han tomado parte en el abuso de anoche.

—Todo es posible.

—Vuestra señoría no ignora que son amigos del amante misterioso.

—Según vos aseguráis...

—No se recata el señor Querubín para decir que protege al miserable seductor.

—Entonces, es inútil hacerles ninguna pregunta.

—Completamente inútil.

—Y mientras mi hijo niegue, como no hay medio de probar nada...

—Por nuestra fortuna, se les ha olvidado un detalle.

—No adivino...

—Como yo no tenía nada que hacer mientras esperaba a vuestra señoría, he cavilado.

—¿Y qué se os ha ocurrido?

—Cuando esperaba a que vuestra señoría despertarse, llegó el señor don Leandro.

—Ya lo sé.

—Y ahora caigo en la cuenta de que cuando llegó hacía pocos minutos que había sonado en la calle el ruido de un coche.

—¿Y qué deducís de eso?

—El coche se detuvo a la puerta de esta casa.

—Lo cual prueba que mi hijo no ha venido a pie.

—La prueba me parece incontestable.

—Si era el coche de un amigo...

—O el de vuestra señoría, que bien puede haber servido para llevar no sé adónde a la hija de mi señor.

—¡Vive el cielo!

—¿No le parece a vuestra señoría que el detalle es precioso?

—¡Pronto sabremos la verdad!

—Preguntando al cochero.

—¡Oh!

El conde llamó.

Presentóse el travieso Perico, no sabemos si por casualidad o porque estaba al cuidado y en acecho.

—Inmediatamente dirás al cochero que venga. ¡Entiéndelo bien; inmediatamente!

—¡Corriendo, señor!—respondió Perico.

Y dando media vuelta, desapareció.

Con toda exactitud debió de cumplir la orden, puesto que antes de cinco minutos se presentó el cochero.

Sospechamos que Perico, cuya astucia conocemos ya, había adoptado las precauciones convenientes.

Fijó el conde una mirada amenazadora en el cochero y le dijo:

— ¡ Cuando yo pregunto se me responde la verdad !

— Es mi deber, señor.

— ¡ Y desgraciado del que se atreva a mentir en mi presencia !

— ¡ Líbreme Dios de decir una mentira ! — respondió tranquilamente el cochero.

— Escucha con atención.

— Ya escucho, señor conde.

— ¿ A qué hora saliste con el coche ?

— A las tres de la tarde.

— ¿ A las tres de la tarde ?

— ¡ En punto, señor !

— ¡ Vive el cielo !

— Así puede decirlo mi noble señora la condesa, y el lacayo, y el portero, y además...

— ¡ Silencio ! — gritó el conde.

El cochero inclinó la cabeza.

— Hablas de lo que hiciste ayer.

— Sí, señor.

— Quiero saber lo que se refiere al día de hoy.

— Hoy el coche no ha salido de la cochera.

— ¡ Mientes !

— A estas horas...

— ¡ A media noche, en la madrugada !

— Yo dormía

— ¡ El coche ha salido !

— No ignora vuestra señoría que en la misma cochera tengo el dormitorio.

— A pesar de eso...

— Y, además, las mulas no pueden salir de la cuadra a la calle sin pasar por mi habitación.

— ¡Repito que mientes!

— Ruego a vuestra señoría me perdone si yo también repito que acabo de decir la verdad.

— ¡Voy a confundirte!

— Estoy tranquilo, señor.

Efectivamente; el cochero, que era un hombre de cincuenta años y excesivamente robusto, no perdía un instante la calma.

Otra vez el conde de Rocanegra tiró del cordón de la campanilla, y otra vez se presentó Perico.

— ¡Que venga el mozo de cuadra! — gritó el conde.

Perico volvió a correr.

A los cinco minutos el mozo, que por cierto tenía cara de estúpido, se presentó sonriendo con expresión de una candidez angelical.

El conde le asió por un brazo, le sacudió rudamente, y le dijo:

— ¡Quiero saber a qué hora salieron esta madrugada o anoche las mulas de la cuadra!

— ¿A qué hora? — repitió el mozo sin dejar de sonreír.

— ¡Eso te pregunto!

— Pues a ninguna.

— ¡Yo las he visto!

— Serían otras, porque en Madrid hay muchas del mismo pelo.

— ¡Las conozco demasiado bien!

— Yo las conozco mejor, porque vivo y duermo con ellas.

— ¡Estúpido!

— ¿Tenemos que enganchar ahora?

— ¡Oh! ¡Vete! — dijo el conde, que apenas podía dominarse.

Andrés perdió otra vez la esperanza.

Su semblante empezó a cambiar de expresión. Tercera vez llamó el conde, diciéndole a Perico:

—¡Que venga el portero!

—¡Al momento, señor!

Y el portero acudió con más prontitud que los otros.

—¿A qué hora ha vuelto mi hijo?—le preguntó el conde.

—No recuerdo con exactitud; pero creo que aun no hace tres horas.

—¿No vino a pie?

—En coche.

—¡Ya lo estás viendo!—dijo el conde al cochero.

—Pues yo aseguro...

—¡Silencio!

—Señor—repuso el portero—, debo advertir a vuestra señoría...

—¿No has visto el coche?

—Lo he visto.

—¿Con qué mulas?

—Con unas tordas de mucho poder.

—¿Tordas?

—No las conozco.

—Pero el coche...

—Tampoco lo he visto otra vez.

—¡Era el mío!

—No le han dicho la verdad a vuestra señoría.

—¡Quien miente eres tú!

—Señor, repito...

—¡Quiero saber la verdad!

—El coche no tenía blasón.

Contra tanta negativa, ¿qué había de hacer el conde? Seguro estaba Andrés de que todos mentaban, pero con una firmeza inquebrantable y un descaro inaudito.

Forzoso era resignarse.

Reflexionó el conde en cuanto le era posible reflexionar, y comprendió que bien podía haber sucedido que Leandro acudiese a cualquiera de sus amigos para que le

prestase el coche, o que éste hubiera sido buscado por el señor de Guevara.

— ¡Idos! —dijo a sus criados.

Éstos salieron.

— ¡Vive Dios! —exclamó el conde— ¡Me parece que el detalle no es muy preciso!

— Han sido previsores.

— ¿Creéis que mis criados mienten?

— Sí.

— ¡No se atreverían!

— Si han buscado otro coche....

— Eso sí.

— Entonces...

— ¡Ahora veremos cómo explica mi hijo esa circunstancia!

— Me parece completamente inútil que se moleste vuestra señoría.

— ¿Por qué?

— Porque el señor don Leandro dirá que no puede decir nada sobre ese punto, porque es un secreto que tiene que guardar.

— No os equivocáis.

— Pero de todo ello resulta...

— Sí; que mi hijo está de acuerdo con el desconocido amante.

— Para nuestro gobierno no necesitamos más pruebas.

— Sin embargo, nada hemos conseguido.

— Poco a poco se va lejos, señor conde.

— Lo que interesa es averiguar dónde se encuentra la hija de vuestro señor.

— ¡Oh! ¡Juro que lo averiguaré, o he de dejar de ser quien soy!

— Y entretanto...

— ¡Comprendo!

— La otra...

— ¡Repito que entiendo!

— Lo decís con una calma...

— Nuestros enemigos temblarían si pudieran comprender lo que mi calma significa. •

— ¡Nuestros enemigos!... Mal que nos pese, habremos de reconocer que valen muchísimo más que nosotros.

— Mucho valen; pero aun no han ganado la partida.

— Por de pronto, tienen en su poder a la hija de don Pedro.

— Alternaremos, señor.

— ¿Qué queréis decir?

— Que ahora nos toca llevarnos a Consuelo.

— Si tal consiguieseis...

— Entonces el señor don Leandro habrá de contentarse con mi señora; y después...

— Debéis tener presente que ellos contaban con la voluntad de María, mientras que a nosotros nos sucede todo lo contrario.

— En cambio, Consuelo no está tan bien guardada como lo estaba mi señora.

— Bien discurrís; pero...

— Además, la voluntad se anula con el sueño.

— ¡Ah! ¡Esa es una idea feliz!—dijo el conde, que había comprendido perfectamente al criado.

— Vuestra señoría tiene mucho dinero.

— Os autorizo para gastar sin consideración.

— Y como yo no tengo eso que se llama conciencia...

— ¡Por quien soy, que valéis mucho!

— Así como a vuestra señoría le sobra el dinero, hay otros a quienes les falta; y como el hambre es mala consejera...

— ¡Encontraremos auxiliares!

— Y dentro de la misma casa de Consuelo.

— Allí tenéis la bruja de que os hablé.

— Es poco.

zón que estaba enfermo, ni la condesa, saben nada, aunque lo buscan con ansiedad. Por eso don Juan se retira a su palacio. La condesa vive, amargada, con el conde.

El comendador don Pedro de Saavedra tiene una hija, María, a la que quiere casar con Leandro Sandoval; pero éste ama a Consuelo, hija de una pobre señora paralítica, doña Mariana, que no puede pronunciar ni decir el nombre del padre de Consuelo. Esta madre y su hija viven cerca del sastre Policarpo. Godofredo de Guevara, arruinado, tiene recogido al joven Querubín, que no sabe quiénes son sus padres, porque fue recogido de manos de una mujer que se murió. Querubín, que es el personaje más importante de la obra, y María, la hija del comendador, se aman en secreto.

Don Pedro sabe el secreto de don Juan y la condesa. porque se lo oyó a Monzón cuando estaba grave; y cuando ve que la condesa apoya a su hijo para casarle con Consuelo, la amenaza con descubrirla; en cambio, si le ayuda, la ofrece encontrar el paradero de su hijo. ¡Pobre condesa, puesta entre perder su honor de esposa o sacrificar su corazón de madre! Por eso aconseja a su hijo la boda con María.

El comendador don Pedro, su criado Andrés y el conde de Rocanegra se alían innoblemente, porque Rocanegra quiere tener amores con Consuelo. Asimismo la condesa, Guevara, Querubín y Leandro se alían para defender la situación de los amores de éstos.

El comendador mete a su hija en un convento y de allí la rapta Querubín.

COLECCIÓN ENIGMA



NOVELAS DE EMOCIÓN Y DE MISTERIO



TÍTULOS PUBLICADOS EN LA 1.ª SERIE

1	J. M. Barrie	Rultabós	11	G. Llanos	El hombre acrobático
2	"	El héroe por sacrificio	12	"	Espectáculo en Rusia
3	"	¡Por ahí!	13	La Wren	El castigo del destino
4	"	La esposa de ese negro	14	"	Al otro lado
5	"	La esposa del Océano	15	Strindberg	El capitan Legende de Jertz
6	"	El secreto de Mari-Rose	16	"	Los amores de Francisco I y la Gironda
7	"	Ultraje Mortal	17	"	La marginada solitaria
8	Zola	Los otros dos	18	"	La levante
9	G. Llanos	El hombre	19	"	El misterio de Waterloo
10	"	"	20	"	El hijo de Sacher

PRECIO DE CADA TÍTULO, 25 CENTAVOS

336 PÁGINAS

DE VENTA EN LIBRERÍAS Y KIOSCOS